







































un blanco nuclear. Después, dirigió la mirada en dirección a su compañero de vuelo Tokio-Londres, ubicado a más de dos metros de distancia, tal y como remarcaba la publicidad de la clase Super Plus Extra (musiquilla anodina y *jingle* pegajoso: «¡Super Plus Extra, dos metros extra en cada viaje!», alargando peligrosamente el final de cada *extraaaa*). El precio imposible y tal vez, incluso, inmoral o indecente, o bochornoso, o lo que fuera, de ese compartimento exclusivo para seis personas, hizo que ese día tan solo lo ocuparan tres viajeros.

«No me gusta realmente nada esta porquería», intentó justificarse Dante Fernández usando su inglés internacional mientras contemplaba el manchurrón de la camisa, «el champán le deja a uno sabor a vómito en la boca sin todavía haber devuelto, la sensación de una resaca sin tenerla, ¿quién pudo inventar semejante bebida asquerosa?, pero sobre todo, ¿quién desearía experimentar los síntomas de una resaca perdiéndose la borrachera previa? Definitivamente, hay algo que no funciona en esta bebida». Entonces, Dante reparó en que su compañero de vuelo sostenía una copa de un líquido extraño, con una coloración azulada muy llamativa. «Se trata de Hpnotiq, se lo recomiendo, no deja ni rastro del sabor a vómito del champán..., porque es una mezcla de coñac, vodka y zumo de frutas tropicales, creo que es la bebida de diseño del momento, es decir, fabricada a propósito para los tiempos que corren... Y puede que incluso le ayude a mejorar esas sonrisas que antes intentaba ensayar sin éxito», le aconsejó el pasajero, también en ese inglés torpe, pero cosmopolita. «¿Usted cree?», le repuso Dante algo incrédulo. «Desde luego, liberaría la sonrisa de un hipopótamo —le aseguro—, y por cierto, me llamo Jacobo Ortiz, y creo que podemos hablar en español, porque ambos somos españoles, ¿verdad?»

Dante Fernández se pasó al Hpnotiq, como se pasó al idioma español, y durante el resto del vuelo ensayó nuevas sonrisas,